

La Familia Puritana

Algunas Reflexiones de Cómo los Puritanos Perdieron a Sus Hijos

Por Rev. Brian M. Abshire

Quizás el punto más alto de la familia Cristiana en los Estados Unidos fue la mancomunidad Puritana en Nueva Inglaterra desde 1630 hasta el 1700. La familia era un elemento central en la teología y práctica Puritana. En repetidas ocasiones, en sermones y cartas personales, los Puritanos declaran que su principal motivación al colonizar el nuevo mundo era proveerles un futuro a sus hijos. A los predicadores les encantaba hacer uso de la imaginación familiar en sus sermones. Su filosofía política comenzaba primero con la edificación de familias fuertes, y luego continuaba con la iglesia y el estado.

Pero, en el lapso de una generación, con todo su amor y atención a la familia, los Puritanos experimentaron el fracaso. Para 1662, el pacto a Medio Camino era una admisión tácita de que estaban perdiendo a sus propios hijos. La teología del pacto enseñaba que los miembros de la iglesia afirmaban las promesas del pacto a favor de sus hijos por medio del bautismo. Pero los hijos adultos de la primera generación no pudieron llenar los elevados estándares establecidos para la membresía en la iglesia. Ahora tenían hijos propios que no eran elegibles para el bautismo. ¿Estaban ellos separados ahora de las bendiciones del pacto? El pacto a Medio Camino permitió el bautismo a esta tercera generación a pesar del hecho que la segunda generación era espiritualmente deficiente. Fue un compromiso teológico que demostraba una pérdida real del vigor Puritano. Para las últimas décadas del siglo diecisiete, se

escuchaban los “clamores” en los púlpitos por toda Nueva Inglaterra advirtiéndoles que el desastre se desencadenaría a menos que los hijos abrazaran el fervor de sus abuelos. Para el siglo dieciocho, a pesar de los avivamientos y el “avivamentismo,” las iglesias Puritanas Congregacionales apostataron cayendo en el Deísmo y el Unitarismo. El pacto a Medio Camino no había sido suficiente, los Puritanos habían perdido a sus hijos, y con ellos, su cultura.

¿Qué había salido mal? ¿Por qué es que los Puritanos, con tantas ventajas, fracasaron en esta tarea tan fundamental? Habían salido de la Vieja Inglaterra para edificar su ciudad en una colina para ser una luz al mundo. Sin embargo, en el lapso de dos generaciones, la luz se había oscurecido y el sabor se había perdido. Estas son lecciones muy potentes que deben aprenderse de los Puritanos. Hicieron tantas cosas de la manera correcta; sin embargo, en última instancia, fracasaron. Es posible que el pesimismo comenzara con la apostasía de las familias Puritanas. Puesto que la familia es el comienzo de la Reconstrucción Cristiana, entonces debemos entender qué fue lo que salió mal con ellos, para que podamos aprender de sus errores.

Lo que Hicieron Bien

Sin duda alguna, la familia Cristiana en Nueva Inglaterra en el siglo diecisiete se halla muy por encima de la familia disfuncional, fracturada y atomista de la

actualidad. Incluso sus fallas se miran bastante bien si se les compara con la familia Cristiana promedio actual.

Una de las marcas distintivas de la familia Puritana era un compromiso con la adoración diaria en familia. Se requería que los padres dirigieran a sus familias en el conocimiento y disciplina del Señor. Las iglesias lo predicaban, los Magistrados lo hacían valer, y los padres lo hacían. Los padres Puritanos iniciaban y terminaban cada día con el canto de los Salmos, la lectura de la Escritura y la oración. Como resultado, desde una edad muy temprana, los niños se empapaban de una cosmovisión Cristiana. Aún cuando esta dedicación no resultara en una gran cantidad de experiencias de conversión necesarias para la membresía en la Iglesia, generaciones enteras de ciudadanos nacidos y criados en Nueva Inglaterra fueron profundamente influenciadas por la Escritura.

El compromiso Puritano con la familia se extendía al proceso de encontrar buenas parejas para sus hijos. Tales matrimonios se llevaban a cabo con el consentimiento de los hijos, y con frecuencia, a instancias de ellos. El romance no era algo desconocido, pero no era el árbitro final para determinar un compañero apropiado de por vida. La religión era la consideración preeminente cuando se escogía un cónyuge para sus hijos, con las finanzas siguiéndole los pasos en un cercano segundo lugar. Solo entonces se le preguntaba al hijo, “¿Podrías amar a esta persona?” Los padres Puritanos hacían provisión tanto para el cuerpo como para el alma de sus hijos. Parece que solo ocasionalmente un hijo rechazaba las decisiones de sus padres. En la familia Puritana se esperaba que el amor siguiera después del matrimonio, no antes. Como resultado,

las familias Puritanas eran extremadamente fuertes, las decisiones relacionadas con la vida no se basaban en las hormonas y no se esperaba que los hijos tomaran la decisión más importante de sus vidas en un momento cuando estaban muy poco equipados para hacerlo. Además, a los hijos se les protegía en ese entonces de ellos mismos. Aunque sucedían los pecados sexuales, al menos eran poco comunes (hasta la llegada del avivamentismo donde los registros de nacimiento muestran una interesante tendencia en las parejas recién casadas a producir hijos después de seis meses de matrimonio.)

De igual manera se decidía la vocación futura del hijo. El concepto de “llamado” era crucial para la vida Puritana. Aunque se usaba principalmente en el sentido de salvación, también era verdad que los Puritanos creían que ningún hombre podía esperar la bendición de Dios en la vida a menos que entendiera el llamado que Dios le había dado para su vocación. Generalmente, se esperaba que el hijo mayor siguiera el llamado del padre. Si el padre había sido un mayordomo fiel, la mayoría de sus hijos podía esperar recibir una porción de su tierra o negocio. Sin embargo, las familias muy grandes, y la creciente clase comercial, significaba que algunos hijos tendrían que encontrar un llamado diferente al de sus padres. Era común el aprendizaje de un oficio al lado de un maestro. A los catorce años de edad se podía enviar al muchacho a la par de un artesano o un comerciante para que aprendiera su llamado desde los primeros fundamentos. Esto generalmente requería siete años de dura labor para llegar a dominar las habilidades necesarias, y el aprendiz vivía en el hogar de su maestro. Los padres buscaban buenas oportunidades para sus hijos, sabiendo que, una vez que se tomara la decisión

había pocas probabilidades de cambiar. La universidad era una opción para aquellos que contaran con más recursos financieros. De modo que, una vez más, las grandes decisiones de la vida no se dejaban al azar o a los caprichos siempre cambiantes de un adolescente. Los padres trabajaban duro para ayudarles a sus hijos a desarrollar las habilidades necesarias para cumplir su llamamiento.

Aunque los deseos de los hijos eran tomados en consideración, en última instancia, los padres tomaban la decisión final. ¿Quién conocería las fortalezas, debilidades y talentos de un hijo mejor que sus padres? Así que, los niños Puritanos no solamente eran amados y bien disciplinados, sino también productivos desde una edad muy temprana. Eran capaces de ejercer dominio a través de su llamado. La indolencia, la rebelión y la angustia adolescente no eran problemas comunes en Nueva Inglaterra.

Los Puritanos tomaban muy en serio sus responsabilidades para con la familia. La familia era importante, no solo por razones sociales, sino también para los tratos en los negocios. Su compromiso se extendía más allá de sus propios hijos inmediatos hasta incluir parientes en cualquier grado. A los parientes se les daba precios preferenciales y se les subsidiaba en los negocios, solo porque eran familia. Los Puritanos tenían una serie completa de relaciones con primos, tías, tíos, etc. El matrimonio ampliaba sus relaciones, y se consideraba a los cuñados, suegros, etc., como importantes relaciones de sangre. De este modo la familia extendida era bastante capaz para atender las necesidades tanto sociales como económicas. Los Puritanos creían que “En tanto la familia esté bien ordenada, en tanto que los hombres

respeten la lógica de las relaciones, la corrupción se mantendrá restringida dentro de límites definidos y la sociedad podrá ser establecida.”

Con todas estas cosas trabajando a favor de la familia, ¿qué sucedió? Tenían iglesias fuertes, familias fuertes, controlaban la economía y las instituciones sociales, y estaban a cargo del orden político. La influencia Puritana era tan poderosa que continúa afectando los valores estadounidenses hasta el día de hoy. Pero aún así, en el lapso de tres generaciones, el experimento Puritano dio paso a una creciente tergiversación. Los estadounidenses habían tomado el fruto de las familias Puritanas, pero rechazaron las raíces. Y ahora, dos siglos más tarde, el fruto está marchito y podrido. ¿Qué salió mal?

Porqué los Puritanos se Equivocaron

Los Puritanos, con todo y lo piadosos que fueron, no alcanzaron el ideal bíblico de muchas maneras. Todos nosotros somos, en alguna medida, víctimas de nuestra cultura. Los valores culturales tienen un impacto enorme en nuestra habilidad para interpretar el mundo a nuestro alrededor (no hay hechos brutos, solamente hechos interpretados). Y las presuposiciones que tenemos tendrán un efecto en como entendemos y aplicamos los principios bíblicos. Las críticas a los Puritanos necesitan ser gentiles y amables, hicieron muchas cosas buenas, que nosotros – bendecidos con la capacidad de ver en retrospectiva – no debiésemos rodearnos de aires de superioridad al señalar lo que hicieron mal. Sin embargo, aunque seamos víctimas de nuestros propios elementos cegadores culturales, deberíamos ser capaces de ver algunas cosas que ellos pasaron por alto. Y allí, en lo que pasaron

por alto, está lo que puede proveer un vistazo para entender el fracaso de la mancomunidad Puritana.

Primero, uno necesita recordar que los Puritanos comprometidos no conformaban la totalidad de la población de Nueva Inglaterra. En solo unos pocos años, la inmigración masiva invadió a la comunidad de los elegidos. Aunque los Puritanos abrieron la senda, muy pronto llegaron muchos, muchos otros ingleses; ingleses que no necesariamente compartían el mismo grado de convicción teológica y experimental de los Puritanos. Los sermones durante este período advertían en repetidas ocasiones a los buenos Puritanos de los peligros de permitir que sus hijos se asociaran con los inmigrantes que llegaban cada vez en mayor cantidad y que no compartían su determinación religiosa. Aunque los Puritanos tenían leyes muy estrictas para regular la conducta, nada podía cambiar los corazones de los inmigrantes obstinados. A medida que Nueva Inglaterra se colonizaba más y se hacía más y más civilizada, aumentó el flujo de ingleses no Puritanos (aunque la derrota después de la guerra civil inglesa les dio a los Puritanos el control sobre toda la antigua Inglaterra). No importaba cuántos hijos tuviesen los Puritanos, no podían competir con los barcos cargados de nuevos colonizadores, quienes no compartían ni sus pensamientos ni sus caminos.

Segundo, y sin ser denominacionalmente parcializados, el gobierno y la práctica eclesiástica congregacional sin duda alguna contribuyeron a la pérdida del dominio Puritano. La autonomía de las iglesias locales permitió que pastores cada vez más desviados entraran a los púlpitos Puritanos (Harvard y Yale fueron

iniciadas específicamente para detener la ola de ministros apóstatas provenientes de Inglaterra). La única salvaguarda contra la apostasía era el conocimiento y el fervor espiritual de la iglesia local. Sin ninguna corte de apelaciones superior a la iglesia local, no había mecanismo para tratar con la herejía. Además, si una iglesia llegaba a estar sumamente insatisfecha con su pastor, no había manera de apelar su decisión arbitraria de despedirle. Esto transfería el poder de los ancianos a la congregación como un todo. Por ejemplo, hoy Jonathan Edwards es un héroe para muchos pastores, maestros y laicos Reformados educados. Sin embargo, fue echado de su iglesia porque desafió los prejuicios de su congregación.

Un tercer problema no tiene nada que ver con el congregacionalismo *per se*, pero sí con la teología del pacto. Los Puritanos tenían una perspectiva tan alta de la familia, y de las promesas pactales dadas a sus hijos, que enfocaban sus esfuerzos evangelísticos primordialmente en los Cristianos y en sus hijos. Aunque la asistencia a la iglesia era obligatoria, la membresía en la iglesia estaba restringida a una élite, a aquellos que podían “probar” que habían tenido una experiencia de conversión. Por lo tanto, los “mejores” candidatos para la conversión eran sus propios hijos. De allí que, hubiese una tendencia real a enfocarse en la reprensión, la exhortación y amonestación de sus hijos, con la tendiente exclusión de las grandes masas de gentes “no convertidas.” De modo que, el evangelismo se centraba en la familia, antes que en la comunidad. Y como resultado literalmente permitieron que la comunidad se fuera “al infierno” mientras les predicaban a sus hijos.

El énfasis en la experiencia de conversión requería unos estándares tan

elevados, que sin duda, se les negó la membresía eclesiástica y los sacramentos a un gran número de hijos regenerados (y que no eran miembros de la iglesia), debilitando así su fe. Más tarde, ambos grupos fueron admitidos a los sacramentos, para prepararles para la conversión, y vendieron, por así decirlo, a un precio más barato la teología Puritana. Edwards perdió su iglesia cuando se opuso a esta práctica.

La confusión tuvo aquí resultados significativos. Los miembros conscientes de la comunidad, quienes dudaban de haber experimentado lo que sus padres, maestros y pastores repetidamente les decían que era esencial para la salvación, nunca crecieron en su propia fe. Además, el mal uso de las doctrinas de la gracia puede haber socavado, sin darse cuenta, la cultura Puritana. Si un hombre no estaba entre los elegidos, y no tenía ninguna esperanza razonable de llegar a estar entre ellos, entonces para él llega a ser algo epistemológicamente auto-consistente el gastar su tiempo y energías en los asuntos de esta vida, en lugar de hacerlo en la vida por venir. La cultura Puritana sí inhibió el pecado declarado y limitó los peores aspectos de la rebelión del hombre para con Dios en el ámbito social, pero también comenzó una secularización sutil de la cultura. Dado que el 90% de los miembros de la comunidad no eran miembros de la iglesia, la religión – por fuerza – se hizo cada vez menos significativa. Y cada vez más los hombres encontraron su significado y propósito en su estado físico. Cuando los requerimientos para la membresía en la iglesia finalmente fueron disminuidos en el siglo diecinueve, ello coincidió con el avivamiento y la heterodoxia teológica.

Finalmente, los Puritanos amaban tanto a sus hijos, que con frecuencia tenían temor de terminar arruinándolos. Una práctica muy común era enviar a los hijos – a la edad de catorce años – a los hogares de amigos y vecinos. Una razón principal era que los muchachos necesitaban aprender un oficio y era costumbre que el aprendiz viviera en el hogar del artesano, mientras aprendía su oficio. Sin embargo, aún cuando esto no era necesario por razones de negocios, los Puritanos con frecuencia hacían que sus adolescentes fueran criados por otros. La razón parece haber sido el temor de que su propio afecto filial les llevara a consentir a sus adolescentes, en lugar de disciplinarlos apropiadamente. Hay muchas cartas que rompen el corazón que registran los clamores de adolescentes consternados mientras eran enviados a hogares de amigos para ser criados.

Aunque sus motivaciones eran sinceras, esta aberración cultural socavó a la familia durante el tiempo más importante del desarrollo del niño. Obviamente había algunos beneficios; los adolescentes se distinguen por rebelarse contra sus padres mientras buscan establecer sus propias identidades. El separarlos de sus padres y confiarlos a hogares piadosos les enseñaría a los jóvenes buenos modales, destrezas sociales, etc., sin los peligros asociados de rebelarse en contra de sus propios padres (o que los padres fuesen indulgentes con sus hijos). Los adolescentes también se distinguen por llevarse mejor con otros adultos que con su propia familia.

Sin embargo, si se apartan los beneficios, la costumbre era producto de la clase media inglesa, no de los principios bíblicos. En tanto que Nueva Inglaterra consistiera de pequeñas

comunidades, donde las familias se conocían muy bien entre sí, muy poco daño era el que se causaba. Pero separar a los hijos durante sus años de joven adulto cortaba los vínculos emocionales y psicológicos que los unían a sus familias. A medida que las colonias se diseminaban, los hijos se mudaban cada vez más lejos del hogar. De modo que, sin ser conscientes de ello, la costumbre Puritana, ideada para beneficiar a sus hijos, en realidad contribuyó a la fragmentación que ahora es característica de las familias estadounidenses.

Este análisis es necesariamente incompleto y simplista, pero sí permite un mejor entendimiento de cómo los Puritanos perdieron su cultura. Las personas buenas, con motivos sinceros, pueden fracasar, cuando no aplican los principios bíblicos de manera consistente.

Los Puritanos hicieron lo mejor que pudieron con lo que tenían. Si sus colonias no hubiesen sido inundadas de inmigrantes que no compartían sus convicciones, si sus iglesias hubiesen tenido un concepto más realista de la membresía en la iglesia, si no hubiesen separado a sus propios hijos en el momento que más necesitaban el amor y la disciplina de sus padres, Nueva Inglaterra bien hubiese cumplido la visión de su fundador.

Sin embargo, tenemos sus errores para aprender de ellos, y nuestras propias fallas para motivarnos a encontrar las respuestas. Hemos perdido mucho, pero también hemos aprendido mucho. Quiera Dios concedernos sabiduría, gracia y misericordia mientras reconstruimos nuestras familias.

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>